

# ¿QUÉ ES LA FRANCMASONERÍA? EL HOMBRE SE INTERROGA ANTE EL UNIVERSO<sup>1</sup>

Son muchos los historiadores que afirman que la franc-masonería se creó el 24 de junio de 1717. Se trata de una afirmación cierta e inexacta a un mismo tiempo. Cierta por cuanto establece la fecha precisa en que se reúnen conjuntamente por primera vez cuatro Logias independientes, dándose entre sí, con ocasión de tal evento, la forma y los reglamentos que en adelante se habrán de observar en el mundo entero.

Pero es con seguridad inexacta si se atiende a una constatación preliminar: para poderse reunir en tal fecha cuatro Logias masónicas, la franc-masonería debería necesariamente existir anteriormente. La fecha del 24 de junio de 1717 no se corresponde, por tanto, con una creación esencial sino con un acuerdo federativo. Por entonces, la franc-masonería posee ya una historia de considerable antigüedad, un viejo pasado masónico cuya indagación ha levantado pasiones entre los eruditos y ha promovido multitud de hipótesis a su respecto.

Para alcanzar a comprender coherentemente la actuación de un individuo o de una institución se necesita atender previamente al espacio y al tiempo donde se hayan constituido, y de cuyo espíritu se han nutrido. Este método parece ser el único capaz de conducirnos a descubrir, en las obras individuales o colectivas, una “marca” cuyo trazo ha resistido las contingencias históricas (sin que esto signifique la atenuación del libre arbitrio de los hombres que trabajaban para engarzar en sí mismos cada experiencia a fin de convertirlas en virtudes).

Además, este método que se ubica por encima de las diferencias de lugar y de época, de creencias y de doctrinas, de razas y de climas, es capaz de revelar mejor que ningún otro la unidad y la continuidad del principio constitutivo de la vida universal y, con él, los elementos que integran un pensamiento digno de ser considerado como específicamente humano. En efecto, cuanto más se progresa en el conocimiento del pasado mejor se distinguen aquellos “puntos de inserción” a través de los cuales las nuevas doctrinas (ya se nos presenten como típicamente originales o revolucionarias) se engarzan con aquellas otras que las precedieron.

Si, ciertamente, se pueden admitir la presencia de “milagros” en historia, por retomar la famosa expresión de Renan, tales milagros son esos momentos sorprendentes que provocan nuestra admiración, sin confundirlos con comienzos absolutos ni con fenómenos irracionales y sin causa perceptible. Pues sólo ha habido un comienzo absoluto; ocurrió mucho antes que la Historia, por lo que no es nuestro propósito ocuparnos aquí de él.

Pensemos ahora en el hombre, en ese compuesto de alma sensitiva y de materia perecedera, dolorosamente a la búsqueda de su equilibrio entre la pulsión de sus deseos y las exigencias ordenadas por su espíritu; no tanto en el individuo contingente, sino en el ser humano en general, tal como se nos hace presente: orientado desde los albores de los tiempos a seguir la senda real del conocimiento, buscando aligerarse de todo cuanto lo retiene en su tendencia inevitable hacia lo Universal.

Todo buen observador puede apreciar que sobre la diversidad de las civilizaciones predomina esta identidad fundada en la esencia y el funcionamiento mismo del espíritu, esta inextinguible sed de comprensión que lo humano porta consigo, esa “sal de la Tierra”. Pero aún hay más. El hombre no es sólo un animal pensante; es además un ser social y, por ello también, vuelto hacia lo Universal. Nunca ha cejado, desde los tiempos más remotos, de recorrer las distancias más inimaginables en su búsqueda. ¿Por qué habría de sorprendernos esa continuidad a través de los países y a lo largo de los siglos de una serie de temas específicos del pensamiento humano?

---

<sup>1</sup> Artículo extraído del nº 0 de la revista *Points de de Vue Initiatiques*, enero de 1958. Versión española autorizada por la Gran Logia de Francia. Tomado de [www.logiagenesis.com](http://www.logiagenesis.com).

## **El número como raíz de cuanto es. El papel de Pitágoras.**

Sobre el terreno siempre movedizo de la Historia, ¿se podrían encontrar aún algunos jalones a modo de huellas de la Tradición masónica impresas a través del tiempo?

Probemos primeramente en Egipto.

La traducción de los jeroglíficos que se remontan hasta la cuarta dinastía nos permite asegurar que los sacerdotes de aquel país invocaban a un Dios único, carente de cualquier carácter mitológico o antropomórfico, principio de toda moral y de todo bien, ordenador de todas las cosas. Una de esas inscripciones lo describe en los siguientes términos, sorprendentes en más de un sentido:

*Él es el que no tiene nombre, el Eterno, el que está oculto y del cual no se conoce la forma, demasiado misterioso como para que su gloria pudiera ser revelada, demasiado grande como para ser escrutado, demasiado poderoso como para ser conocido; es el que se ha hecho a sí mismo, el que eleva su cabeza por encima del caos y que crea con lo que sale de su boca.*

Si los papiros resultan de por sí reveladores, mejor aún se expresan determinadas tradiciones orales, transmitidas con una libertad mayor de maestros a discípulos a través de cultos secretos. Dicen estos mismos maestros que la noción de número procede precisamente de esta noción de la unidad absoluta, de este Universo que lo contiene todo y donde se ubica, por consiguiente, el origen de todas las ciencias. En efecto, cada aspecto particular y analítico del Universo no constituye sino una partición de éste: un número.

Así se viene a descubrir en todos los fenómenos naturales plenamente sometidos a unas leyes que se atienen a coeficientes, es decir, a números. Por eso, el número está en la raíz misma del Universo manifiesto.

Estas conclusiones, de tono tan moderno, ya están recogidas en los antiguos libros sagrados de la India y de China, de Egipto y de Caldea, obras depositarias de las más antiguas enseñanzas del espíritu para el uso secreto de quienes tenían acceso a ellos.

Tal es, en esencia, lo que Pitágoras trae desde Oriente hasta la Hélade, junto a la fe en inmortalidad del alma, el valor mágico del Verbo, de la forma, del signo, del símbolo, del rito, del ritmo, de la sensación, la fe también en la utilidad de los regímenes teocráticos, "tan distantes del gobierno de uno solo como del dominio de la masa ciega". En fin, es bien sabido que aquello que enseñaba este incomparable genio, más de cinco siglos antes de nuestra era, requería años de estudio por parte de sus adeptos.

### **Su Cosmogonía**

Pitágoras venía a decir en sustancia que el nacimiento del Cosmos, formado por materia y energía, no es una creación de la nada sino una transformación parcial del Caos: Universo-Espacio-Tiempo ilimitado, en una manifestación ordenada, concebible para nosotros en forma de un "acto" en nuestro Espacio-Tiempo limitado. Pero un acto es una relación de fuerzas, es decir, un punto común, un límite, un número y, sin número, nada "sería".

Más aún, nada puede llegar a ser si el acto, cualquiera que éste sea, no está sometido a su vez a una ley y va en pos de una armonía. Sin duda, conviene ilustrar con un ejemplo concreto, a escala reducida, esta teoría cuya abstracción aparente podría impacientar a algunos espíritus. Supongamos entonces la relación entre un ojo y una luz; es preciso que esa relación sea armoniosa para mantenerse ya que, si la luz es demasiado fuerte, o la visión demasiado débil, la sensación final quedaría anulada.

Si a partir de su manifestación cósmica el acto es necesariamente número y armonía, el número se convierte en la medida, el límite de los contrarios que son, a su vez, los principios necesarios para toda existencia y todo pensamiento.

De estas premisas se deducen lógicamente la doctrina religiosa, la filosofía, la ciencia, la moral, la política y las reglas artísticas pitagóricas y por extensión, tal como esperamos poder demostrar más adelante, todos los fundamentos de nuestra civilización occidental.

La existencia del mundo se basa en la armonía de los números, es decir, en la armonía de los contrarios o, mejor aún, en la armonía de todo lo creado. Cuando la armonía de desvanece, los cuerpos se disuelven. La armonía supone, pues, la ley de la vida.

### **Su Filosofía**

Pitágoras y sus discípulos tienen al número por la sabiduría más elevada y a la armonía por lo más bello.

Para ellos, la vida del alma y la vida del mundo, la física, la astronomía, la geometría, la medicina, la sociología, la moral, la danza, los ejercicios gimnásticos (también los agudos sonidos de la flauta de un pastor frente al mar Tirreno o la fenomenal sinfonía que perciben en las evoluciones de los astros inmersos en las profundidades insondables del cielo)... en una palabra, todo procedía con la misma necesaria armonía.

Los pitagóricos definían la realidad como la apariencia del número y "con esta afirmación propagaron por el mundo las bases de un idealismo que nunca ha cejado en su triunfal carrera desde Platón a Cicerón, de Posidonio a San Agustín, de los Esenios a los Gnósticos y a los Sextios [seguidores de Q. Sextio, filósofo ecléctico-pitagórico del s. I a J.C.], de Dante a Cardan, de Bruno a Spinoza, de Leibniz a Kant, de Schelling a Bergson, Cantor, Einstein, Schrödinger y de Broglie".

Si todo en la naturaleza y la naturaleza misma obedece a un orden, a una ley, de la que el número es forma y medida; una misma ley que constantemente se manifiesta en todos los seres y en todos los fenómenos naturales, que es su condición necesaria y universal; dicha ley es para Pitágoras la causa, el principio, la substancia y la esencia.

Luego si todo número ha sido engendrado por el Uno ("padre del número"), el Uno es el principio universal.

La ciencia de los números es, pues, la ciencia de las cosas y la filosofía está en relación con una matemática que une en un mismo elemento el método, la forma y la solución de toda la ciencia.

Mucho más tarde Malebranche insistirá en que "la noción de número constituye la medida común de todas las cosas que podamos conocer", hablando el lenguaje mismo de Pitágoras.

Decimos que la lengua de los números es la lengua de las ideas, de los pensamientos y del conocimiento, por oposición al lenguaje de los sentimientos que sólo pueden expresarse a través de las palabras.

Según él, esta es la razón por la que Pitágoras afirmaba que el número no miente y que es verdad. Y ciertamente es una sola y misma cosa, susceptible a la vez de una significación concreta de cantidad o de valor y de una significación abstracta de cualidad o idea.

Se comprende, pues, que en las enseñanzas iniciáticas de todos los tiempos el número haya sido considerado como el símbolo más precioso, en función de su precisión, simplicidad y universalidad.

Si todo parece poder prestarse a interpretaciones diferentes, todas las cosas se remontan a una misma idea fundamental pues el número posee por sí mismo un valor intrínseco que comunicar a los objetos.

El número, esencia misma de todas las cosas, es la forma expresada matemáticamente: tal es el credo de Pitágoras.

Pero la filosofía griega no se contentó con estudiar los números en sí mismos, "in abstracto", y quiso verificar y medir llevando el cálculo matemático a todas partes y desvelando relaciones desconocidas hasta el momento aunque confirmativas de una fe que ya despuntaba en

todos los rincones: En la música, entre la sensación producida por las notas y el número que representa la longitud de la onda sonora; o en geometría, entre la sensación que resulta de la forma visible y el número que traduce esa forma. Constataciones similares le confirmarían que la materia no significaba nada sin el número y la armonía, ya que el ser no es otra cosa que una relación y, por tanto, un número, y que este ser estaba compuesto de elementos disociados y reunidos por un principio que les aporta vida y acción. Ese principio necesario de unificación no podía ser otro que la ley absoluta que rige en lo armonioso, tanto en el mundo físico como en el mundo moral.

Así, diecinueve siglos antes que Copérnico, ya se había calculado, sobre la base de la década representativa del orden perfecto, que la tierra –esfera en movimiento en torno al sol– completaba su rotación en 24 horas y su revolución en un año natural de 364 días y medio, según un plano inclinado sobre el ecuador.

Del mismo modo, partiendo del Septenario, se establecieron a través del estudio de las fases de la luna una serie de notables calendarios astronómicos y nauticos. Conociendo las leyes de la armonía musical y postulando que la astronomía no era otra cosa que una música celeste, se decía que bastaba con conocer las leyes de la octava para conocer las distancias y las velocidades de los astros. Como puede comprobarse, la armonía de las esferas no significaba para Pitágoras una simple metáfora.

Como consecuencia lógica de todo cuanto puede ser creado a partir del número, puede concluirse que Occidente le debe a este hombre todas las enseñanzas procedentes de las proporciones matemáticas y de las propiedades del triángulo rectángulo.

### **Sus enseñanzas**

Los discípulos de Pitágoras formaban una Sociedad cerrada y sólidamente constituida, una comunidad ligada por el juramento del secreto, una confraternidad iniciática donde “no todo se comunicaba a todos”, un Orden jerárquico, especulativo y militante, esencialmente fundado sobre la existencia de una Potencia suprema y única, creadora y ordenadora del Universo, sobre la inmortalidad del alma y su juicio final, el amor a las criaturas, la renuncia, el examen de conciencia, la punición de las faltas y los pecados, violaciones de la ley armónica vital.

Esta Orden conoció un éxito tal que, para su mal, se extendió fuera del dominio esotérico. Desde ese momento una mezcla de terror y envidia, cargada de odio, se apoderará de muchas voluntades, que azuzarán contra la Orden una persecución ciega. Ésta será finalmente desmembrada con violencia y sus adeptos, perseguidos, acabarán por dispersarse.

Esta diáspora tuvo por efecto que brotaran nuevas ramas del viejo tronco pitagórico, y en lugares diferentes. Ramas de calidad variable a tenor del nivel iniciático impartido por el adepto emigrado; y ramas que en su aislamiento no fueron capaces de proteger por más tiempo los secretos de la Orden original, ahora destruida, de la indiscreción profana.

De esta forma se explica que la doctrina pitagórica se difundiese y acabara influyendo tanto en las “ideas” de Platón como en las fórmulas aristotélicas. Y explicaría también la acogida entusiasta que le dispensó el espíritu etrusco que llegara a ubicarla en las raíces mismas de las futuras instituciones romanas, armoniosamente asentadas sobre la triple noción de la aristocracia, el pontificado y el orden jurídico.

Como antes lo hicieran las elites griegas y el patriciado romano de la República y el Imperio, Alejandría, capital intelectual y científica de su época, también se abriría a las enseñanzas pitagóricas, extendiéndolas por Judea, entre las sociedades de terapeutas y, sobre todo, en la hermandad secreta de los esenios.

En conclusión, puede afirmarse que las metrópolis del mundo antiguo, tanto del centro como del sur del Mediterráneo, conocieron y practicaron durante los cinco siglos previos a nuestra era las enseñanzas de Pitágoras, tan apropiadas a sus necesidades espirituales.

A partir de entonces lo esencial de las doctrinas metafísicas y matemáticas de Pitágoras continuó transmitiéndose de siglo en siglo a lo largo de todo el Imperio Romano, tanto en Oriente como en Occidente, gracias a los propios autores romanos, griegos, alejandrinos y judíos como más tarde por los libros de San Agustín o los estudiosos de la Cábala y de la Gnosis.

### **La organización de los Masones Constructores, basada en la fraternidad pitagórica**

Cabe la posibilidad de que las doctrinas pitagóricas de matemática aplicada se conservaran y transmitieran mejor en forma de “secretos de familia”, por las corporaciones de los artesanos constructores, que por las obras de teóricas de los mencionados autores.

Encontraremos confirmación de ello en numerosos textos legales de la Antigüedad. Citemos, a título de ejemplo, un texto del Código de Teodosio que exige a los arquitectos de cualquier carga personal "a fin de que puedan enseñar a sus hijos y discípulos la práctica de su arte con todas las facilidades”.

Pero con la caída del Imperio y la noche de la Edad Media, el arte de la construcción, como toda la civilización hasta entonces conocida, sufrirá un largo eclipse. Aunque en la época carolingia, como en los primeros momentos del románico, asistimos a un prodigioso desarrollo de la arquitectura religiosa que dieron ocasión para la celebración de vastas reuniones de talleres o logias de masones.

*“Los conocimientos arquitectónicos de estos últimos se vieron incrementados con las investigaciones y el saber de los monjes benedictinos, los cuales no sólo conservaron o descubrieron los textos matemáticos de la antigüedad griega o alejandrina, o el tratado de arquitectura de Vitruvio, sino que incluso nos transmitieron la mística pitagórica de los números y la geometría de los sólidos platónica y de sus correlaciones armónicas. Así, las Logias de masones y de talladores de piedra funden en los caminos que llevan a sus canteras, repartidas por toda Europa y la costa del Mediterráneo, sus antiguas tradiciones con un saber más vasto”.*

El simbolismo iniciático de los útiles de la profesión de arquitecto y de masón adquiere desde ese momento una nueva luz debida a los secretos geométricos transmitidos por los Maestros del saber.

Más allá de su funcionalidad práctica, el útil de trabajo se transmuta en otra cosa, en un símbolo. A partir de ese momento, un instrumento de líneas angulares como la escuadra pasará a evocar lo finito, lo limitado, lo conocido, lo concreto, lo contingente, lo transitorio, la tierra. Y un instrumento como el compás, que sirve para trazar círculos, podrá evocar contrariamente lo infinito, lo ilimitado, lo desconocido, lo abstracto, lo eterno, el espacio, el cielo.

Atendiendo a esa dualidad, y se trata de una observación llena de sentido, los Masones filósofos mantienen ambos instrumentos íntimamente unidos en un único símbolo pues saben muy bien que los contrarios no son más que un aspecto momentáneo de la Unidad suprema, un medio de dividirla por un pequeño instante para reunirla inmediatamente y hacer surgir de ese contacto reunificador la energía creativa.

Esta Unidad suprema, esta conjunción necesaria de los contrarios, es lo que el simbolismo de esos masones tuvo siempre presente. Hoy como ayer, la Logia se ilumina con esta triple representación esencial; de otro modo, su filiación con la más antigua tradición de los sabios de la humanidad quedaría interrumpida.

El hecho es que el pensamiento pitagórico nunca ha cejado de proseguir su camino a lo largo de toda la Edad Media, el Renacimiento y la Modernidad.

Y cuando Hegel dice "Todo es relativo, todo es devenir en cambio, movimiento, todo es relación...", parece escucharse a la vez la voz de Pitágoras y de la ciencia moderna y se comprende mejor la humorada de Bertrand Russel:

*"Lo más notable del carácter de la ciencia moderna es su retorno al pensamiento de Pitágoras." Ciertamente, "al superar una imagen del mundo físico donde sólo cuenta la estructura, estableciendo una nueva filosofía de la forma, del ritmo y de la periodicidad, la ciencia ha vuelto a poner de relieve que es el número la única realidad, no la sustancia. Queda muy poca cosa del antiguo sustrato material del mundo, que ha dejado su lugar a la forma y el ritmo".*

Pero cerremos este paréntesis y volvamos a nuestros masones, herederos laboriosos del saber pitagórico y, a su través, a la ciencia del sacerdote egipcio y, quizás a una ciencia aún más antigua que, por mi parte, no tengo embarazo en considerar abiertamente atlante (aunque eso ya sería otra historia...).

### **El arte de construir y su proyección espiritual**

Pero, ¿por qué -se me dirá- de entre todas las corporaciones profesionales será precisamente la de constructores la que, a su entender, funcionará como prestigioso vehículo de la tradición espiritual de la humanidad?

La explicación es muy simple.

Quien desee practicar el arte de la construcción debe conocer y respetar las leyes que rigen el equilibrio y la armonía, sin las cuales nada duradero puede ser erigido.

Así, la arquitectura, hija de las matemáticas, de la cosmogonía y de la metafísica, procede también de los estudios sobre la naturaleza de los elementos, la gravitación, la física, la mecánica, la química y la práctica de un extenso conjunto de artes. Por eso nos pone en la perspectiva de una incesante búsqueda de los principios fundamentales de la creación, nos suscita el amor a la belleza y nos induce a la meditación y a la disciplina del espíritu.

Por tanto, nadie debería sorprenderse de que los masones, los constructores, se hayan sentido desde siempre y con toda naturalidad como los discípulos de ese poder que ordena la energía vital de los Mundos.

Se adivinan también con facilidad las razones por las que, en un tiempo en que la transmisión del saber era esencialmente verbal, los constructores hicieron gala de un escrupuloso rigor en la aceptación de sus discípulos, de una sabia lentitud en el periodo de su aprendizaje, de una necesaria severidad en la evaluación de los progresos alcanzados por cada uno de ellos en la práctica efectiva de la profesión y del arte.

Hay aún otras causas por las cuales las agrupaciones de constructores acompañan sus preocupaciones de orden técnico con la práctica de un fructífero esoterismo e incorporan normas disciplinarias y rituales en apoyo de su solidaria fraternidad.

Como constructor de edificios civiles, religiosos o militares, el masón conquista a través de los siglos la fama imperecedera de ser uno de los apoyos indispensables de la vida social, renombre que mantuvo dignamente, desde los tiempos más remotos, con la honorable nobleza de un trabajo emancipador y muy respetado.

### **Los Masones Constructores**

Esta constatación se ve confirmada por la corriente permanente de aprecio y con frecuencia de simpatía, que muchos Príncipes -del poder o del espíritu- profesaban hacia los "maestros de obra". No se trataban sólo de relaciones clientelares circunscritas al estricto ámbito profesional, sino, en general y sobre todo, de una adhesión espiritual a los presupuestos de esta extensa y libre cultura a la que hemos aludido. Una relación singular en la que las más altas personalidades, y desde la más alta antigüedad, se honraban no ya en proteger al oficio de los constructores con privilegios y franquicias, sino en hacerse admitir como miembros aceptados dentro de sus fraternidades.

Así, la Cofradía de los Francmasones va consolidando aquella posición eminente de la que ya disfrutaba mientras que sus sabias y hábiles cuadrillas son reclamadas en todo el mundo civilizado para el ejercicio de sus prácticas y de su arte, aumentando no sólo su notoriedad sino también sus conocimientos comparativos sobre las costumbres y los hábitos de una infinidad de pueblos y naciones.

No resulta exagerado afirmar que durante la Edad Media, y a lo largo de doscientos años, los Francmasones encarnaron a los hombres más capaces de su tiempo. Poseían una suma tal de conocimientos que nadie podía llegar a igualar. Y es en estos Francmasones en los que la moderna Hermandad de los Masones Libres y Aceptados encuentra su origen más preciso, en quienes concibieron, construyeron y mantuvieron, a lo largo de toda Europa y en Oriente Próximo, millares de catedrales, capillas, monasterios, fortalezas, acueductos, castillos, palacios, etc.

## **El Temple**

Conviene señalar a este respecto las estrechas y prolongadas relaciones que existieron entre los Francmasones y los Caballeros de la Orden del Temple a partir del siglo XII.

Destacados para garantizar la seguridad de los peregrinos y para la defensa del Santo Sepulcro, los Templarios, monjes combativos como ninguna otra Orden, se vieron obligados a erigir un gran número de plazas fuertes en Tierra Santa. Los masones, agrupados en su mayor parte en la "*Orden del Santo deber de Dios de los Honestos Compagnons*", se encargaron de levantar dichas obras. Después, al ampliar el radio de sus acciones más allá de la propia Palestina, los Caballeros del Temple continuaron construyendo un número casi infinito de edificios en todos los países de Europa.

Más de diez mil "casas", además de otras construcciones militares, enarbolaban en toda la cristiandad los colores de esta Orden, tan próspera y poderosa, cuando a principios del siglo XIV, bajo la presión de Rey de Francia -Felipe el hermoso-, el papa Clemente V la empujara trágicamente al proceso inquisitorial perfeñado por el Concilio de Viena.

Se hace en el auto mención a la importancia de los bienes propiedad de la Orden Soberana del Temple y, consecuentemente, de las relaciones frecuentes y necesarias que se dieron a lo largo de dos siglos entre los Caballeros y los Francmasones, encargados de construir, mantener y reparar sus edificios; una circunstancia que el historiador no debería descuidar.

A falta de documentos explícitos puede especularse que los ahora perseguidos y arruinados Caballeros recibieran asilo, ayuda, trabajo y asistencia en las Logias inviolables de estos Francmasones con los que, durante tantos años, habían compartido saberes, buena fortuna y peligros. Además, la práctica caritativa del deber fraternal de solidaridad y el sentido agudo de la justicia eran en ellos una tradición.

## **Los Masones aceptados**

Por tanto se puede concluir que, con mucha probabilidad, en los albores del siglo XIV un buen número de antiguos Caballeros Templarios se hicieron recibir como Masones, caso de que no lo fueran ya de antiguo a título de "aceptados".

Es curioso constatar, en cualquier caso, que es precisamente a mediados de este siglo XIV, y probablemente por primera vez en la historia, cuando una Logia de Francmasones, en Inglaterra, no procede a disolverse y dispersarse como era costumbre (al terminarse las obras del edificio a propósito de cuya construcción la Logia, originalmente, se habría constituido), manteniéndose activa y conservándose activa, consecuentemente "para sí misma".

¿Cómo podría justificarse un hecho semejante?

## **La Logia**

Cuando los Francmasones operativos se disponían a levantar uno de esos edificios que aún hoy causan la admiración del pueblo, comenzaban por construir junto al solar de la obra un pequeño edificio: la Logia.

Allí, en un entorno de trabajo, orden y fraternidad, se ideaba toda la concepción intelectual de la obra y se conjuntaban todos los recursos indispensables para un correcto equilibrio de los trazados. La Logia era el corazón y el cerebro de la empresa constructora, el centro material y espiritual de unión y cohesión de los masones; no solo con su edificio, sino también entre ellos mismo y, sobre todo, con las leyes de la Arquitectura Universal.

La Logia se considera una fuente incomparable de valor en sí misma, la condición necesaria para poder alcanzar la armonía permanente durante los comienzos y en la ejecución misma de los trabajos a manos de unas cuadrillas que a menudo se ven renovadas por generaciones familiares sucesivas y compuestas de artesanos que gozan de una gran libertad y de inspiración individual.

La Logia de los Francmasones reviste, como acabamos de ver, un interés propio e independiente de la naturaleza del edificio que daba una ocasión formal para que ésta se constituyera. Permitía que una serie de hombres cualificados, Masones operativos o Masones aceptados, dedujeran de la antigua disciplina del oficio una fraternidad, un conjunto de enseñanzas, un ritual, una colección de símbolos y, en fin, una filosofía que no existía en ninguna otra parte: una vía iniciática original y susceptible de ofrecerles los medios para adquirir, a través del trabajo constante, los elementos armónicos sin los cuales no puede lograrse una construcción duradera, material o espiritual, interior o exterior, y sea cual sea el solar sobre el que haya de elevarse.

Estas Logias permanentes, ya estuvieran compuestas por masones operativos o especulativos y ya trabajaran conjunta o separadamente, fundamentaban la legitimidad de su existencia civil en la Carta Real que, según sus propias fuentes, fuera otorgada a la Orden en el siglo X por el príncipe Edwin, hijo de Athelstan, cuya preciosa posesión recordaban en un venerable documento llamado "Manuscrito Real", en el que se exponían sus objetivos, leyes y reglas y cuyas copias, llamadas "Antiguas Obligaciones", forman los cimientos de las Constituciones de las Grandes Logias modernas.

Un ejemplar escrito de estas "Antiguas Obligaciones" se guardaba en la sala de la Logia donde los masones se reunían, a modo de garantía legal de su derecho a hacerlo y como una constante referencia a sus estatutos y deberes multiseculares, piadosamente conservados.

### **Sus enseñanzas**

La práctica misma del oficio, tan rico en enseñanzas, revelará a los Francmasones el contenido profundo de su deber primordial: el Trabajo.

Para poder perpetuarse, la Vida exige que el hombre actúe por sí mismo, con el fin de hacer o producir las cosas que le son indispensables y que la naturaleza se guardó de ofrecerle ya terminadas. De este modo se salva de la ociosidad, la plaga más virulenta.

En un mundo cuya concepción y construcción se nos revela como si de un Templo se tratara, el Trabajo se convierte en fuente inagotable para la expansión de los valores más nobles del hombre y en una vía para realizarse participando en el orden universal de las cosas. Sin embargo, el descubrimiento y aceptación de esta filosofía del Trabajo, una de las más preciosas que nunca se hayan ofrecido a la humanidad, colocaba a los Francmasones en franca oposición al sistema de ideas del mundo medieval que, fundamentado en la división en castas, concebía el trabajo como una ocupación sin atisbo de nobleza, un hecho degradante, una maldición del cielo, un justo castigo por el pecado original del hombre, e identificaba la detención de una sabia cultura con el germen de todas las herejías y con la tentación del demonio.



Por el contrario, el secreto de la Hermandad (a quien ésta debe la supervivencia y su crecimiento incluso en los periodos más convulsos de la Historia) radicaba en considerar el mandil de cuero de sus adeptos, la insignia del trabajo emancipador, como la distinción más antigua y más honorable entre los hombres.

Esta elevada doctrina, derivada directamente de la experiencia vivida por cada Francmasón con independencia del lugar o del tiempo en que habitara, se granjearía el rechazo de unas instancias religiosas que desviarían el debate hacia el orden que siempre le fue más específicamente ajeno a esta doctrina: el teológico.

### **Su método**

Desde tiempos remotos, la Maestría en el Arte Real de la Francmasonería quedaba reservada a hombres que, aún perteneciendo a naciones diferentes, se sentían fraternalmente vinculados en una comunidad de conocimientos, práctica y disciplina. La Cofradía era una gran familia de trabajadores considerados dignos de participar en las obras sólo en razón de sus propios méritos. Cualquier otra consideración que no estuviera relacionada con el trabajo, ya procediera de un particularismo local, de un sectarismo espiritual o de prejuicios raciales, no hallaría eco en su seno.

Tal es la característica incomparable de la Francmasonería, lo que la distingue más radicalmente del resto de las fraternidades nacidas de la efervescencia ocultista, mística y humanística de los siglos XV, XVI y XVII.

Gutenberg y Fust imprimen sus primeras Biblias y a través ellas, y por su sola intermediación, los cristianos comienzan a liberarse del monopolio de los sacerdotes para dirigirse a la búsqueda directa de Dios; progresa la Reforma protestante y el Renacimiento florece; el Humanismo se extiende y se suceden las revoluciones y las restauraciones... pero sin que el espíritu tradicional de tolerancia e independencia de la Francmasonería disminuyera en modo alguno.

Muy al contrario, en estos períodos tan agitados y trágicos los Francmasones encontraron múltiples ocasiones para manifestar y ejercer sus sentimientos de caridad hospitalaria en beneficio de quienes sufrían persecución. También fueron los más ardientes propagadores de esta armonía pacificadora, tan propicia para el Trabajo, que termina por triunfar en Inglaterra a finales del XVII y que encuentra su síntesis legal en el Acto de Tolerancia de Guillermo de Orange, Rey de Inglaterra y Francmasón aceptado.

Con el fin de crear un vínculo más estrecho entre los diferentes ateliers masónicos y un verdadero centro de unión para sus miembros, un reducido número de Logias se constituyen en Londres, el día del solsticio de verano de 1717, como la primera Gran Logia permanente, una auténtica federación de talleres. Desde ese momento las adhesiones fluyen, las Logias dispersas se aprestan a incorporarse a la nueva estructura y el modelo termina por asentarse.

### **Su Filosofía**

La masonería no aspiraba a otra cosa que a convertirse en “el medio para unir en una verdadera amistad a quienes sin su concurso permanecerían perpetuamente separados”.

La vieja y sin embargo siempre nueva y exultante filosofía de los Francmasones ofrecía una sólida fe para sostener la esperanza en una comunión fraternal general, ya cumplida siglos atrás en el ámbito del trabajo operativo.

Se trataba, en realidad, de continuar edificando y construyendo en el equilibrio dinámico de la regla y del Amor. Y no sólo edificios materiales. El nuevo Templo a edificar era tan vasto como la Tierra, el Templo de la Fraternidad, que debía integrarse armoniosamente en el Orden universal. No podemos sorprendernos, pues, por el entusiasmo de las elites del Antiguo como del

Nuevo Mundo que vinieron a incorporarse a la Francmasonería, en gran número y en muy poco tiempo.

El Templo debe edificarse en primer lugar en el interior de cada hombre de buena voluntad; el hombre es un animal, ciertamente, pero está dotado de razón. En él confluyen la materia y el espíritu, lo contingente y lo permanente, lo conocido y lo desconocido. Oscilando siempre entre dos polos, tiende hacia la sublime superación de lo perceptible y lo expresable.

La Logia ponía al servicio de esta tarea constructiva, y pone todavía, su incomparable experiencia y sus milenarios medios.

### **Trabajo**

La visita frecuente a la Logia conduce a cada francmasón no a trastocar su ser tras someterse pasivamente a un crisol ideal que los Maestros, atentos, hubieran diseñado para facilitar su salvación; no a disolverse en lo idéntico; sino a trabajar activamente según las reglas del Arte en la tarea de hacer cúbica su propia piedra y encontrar el honorable lugar que a ésta le corresponde entre las otras piedras, de textura y granulado diferente, que fueron desbastadas y pulidas por cada uno de sus hermanos y que se unen entre sí con la cimentación fraternal.

De este modo, a través de su trabajo iniciático, el franc-masón no se contenta sólo con vivir sino que contribuye a la organización equilibrada de la vida.

### **Tolerancia**

Esta actitud de equilibrio es la antítesis de las cosas fáciles de obtener. Implica en toda circunstancia una total libertad de elección, una opinión personal forjada en torno a cada ser y a cada cosa.

El medio de culminar semejante tarea radica, en primer lugar, en la práctica de la Tolerancia, la base indispensable de toda verdadera libertad.

En efecto, todo hombre que "introduce un prejuicio en la observación, el estudio o la crítica no puede ser libre". Si quiere llegar a serlo, no solamente tendrá que "excluir de sus conclusiones cualquier prejuicio consciente" sino, además, "buscar en su interior los prejuicios inconscientes, a fin de excluirlos una vez reconocidos", aceptando que no será capaz de llegar nunca a detectarlos a todos, pero intentando al menos acercarse en la medida de lo posible a la verdad, siempre preciosa e indomable.

El hombre que actúe de este modo demostrará que conoce a sus semejantes, con todas sus complejidades y sus divergencias respecto a uno mismo, llegando a "rectificar sus propios juicios inexactos o logrando que los otros modifiquen los suyos".

El esfuerzo que tal actitud requiere es considerable, debido a la cantidad de impulsos pasionales que deben subyugarse para conseguir "ponerse en el lugar" del contradictor, a fin de alcanzar el punto de equilibrio que permita salvar las barreras del desacuerdo.

Imagínese la profundidad y el alcance de esta devoción hacia la Tolerancia. Profundidad que debe alcanzarse, incluso y sobre todo, con aquellos cuyos pensamientos son lo más radicalmente opuestos a los propios. Y alcance, que implica incluso la proximidad física en aras de alcanzar una mutua comprensión entre los hombres de distinta condición, de un mismo país o de naciones diferentes.

Se ha afirmado con justicia que la Tolerancia es a la comprensión humana lo que el método es a la comprensión de la ciencia. Así, una comprensión que se oriente al logro de una fraternidad activa lleva en su seno su propia recompensa. Comprensión que rompe las cadenas de los mitos y de las escolásticas, de las servidumbres espirituales que embotan el espíritu crítico y degradan a los hombres mientras los conduce al odio absurdo y a la desesperación.

Se trata de una comprensión que revela al hombre ante sus mismos ojos, para hacerlo digno de su misión en la tierra a través de la práctica esclarecida de ese don incomparable y

supremo que es la libertad de juicio, fruto maravilloso del jardín del conocimiento. Y ofrece a todos los hombres la ocasión para unirse en igualdad en un ideal común de paz y de concordia.

La Tolerancia es un universalismo del Espíritu.

### **Universalismo**

Si el Humanismo caracteriza la manera de pensar y sentir de quienes supieron mantener el amor hacia los hombres por encima de las guerras religiosas del siglo XVI, sin desesperar nunca de la humanidad, se puede afirmar que el Universalismo sería una forma de Humanismo en su sentido más amplio.

Es universalista quien se muestra capaz de aceptar -sin odio, sin pasión y sin prejuicios- cualquier manifestación del espíritu humano, del alma humana, de todo cuanto procede de un cerebro o de un corazón humano, venga de dónde venga tal manifestación, en todo el tiempo y el espacio.

Este Universalismo obliga al Templo y al Masón a adoptar una predisposición a escuchar atentamente antes de proceder a negar o a aceptar cualquier propuesta -procedente del alma o del espíritu humano- que se presente a las puertas del Templo masónico o al corazón o al pensamiento de cada francmasón individual.

### **Solidaridad**

La Francmasonería expresa en términos modernos valores morales plenamente vigentes a pesar de su antigüedad, que han probado su eficacia y solidez resistiendo las pruebas del paso del tiempo. La extrema antigüedad de las sociedades iniciáticas y de los colegios de artesanos masones pone de manifiesto la presencia de unas tendencias permanentes en nuestra especie.

El hombre es carne y espíritu vivo, un ser engendrado. Todos sus derechos y todos sus deberes tienen que ver con la creación, la procreación y la necesidad de asegurar la perennidad de su especie. La naturaleza ha impreso en la familia humana -tenida como base necesaria del derecho- una autoridad patriarcal continua, específicamente fundada en el ejercicio de la fuerza, el conocimiento, la conciencia y el amor, que ejercen momentánea y sucesivamente los individuos física y espiritualmente más aptos para asegurar el respeto a los fines de carácter permanente.

Cada uno de los llamados a ejercer esa autoridad asume la responsabilidad de proteger, informar, disciplinar y, llegado el momento, facilitar la emancipación de quienes se hallan a su cargo. Y de abdicar finalmente en favor de un sucesor cualificado.

Experiencia, conocimiento, acción y amor en pro del futuro de la especie y de su progresiva emancipación: tales son los principios de un orden armonioso y sin artificios. Un orden que actúa de manera análoga en los dominios del espíritu, donde también se dan la herencia y las familias.

La Fraternidad no está limitada o reservada, como es bien sabido, a la consanguineidad; apunta, con toda seguridad, hacia la solidaridad espiritual.

A tenor de su dilatada perennidad, el orden al que nos referimos está por encima de cualquier obra material o espiritual; toda construcción duradera debe ser erigida según la ley, con el acuerdo necesario de los hombres, conjugando la armonía interior con la armonía universal para lograr que lo que está abajo sea análogo a lo que está arriba.

La francmasonería busca patriarcalmente entre sus adeptos a los futuros Maestros de obra, libres de pensamiento y entusiastas de la libre disciplina, hombres que sepan madurar el plano o proyecto de sus obras con arreglo a la norma y la sabiduría, para actuar siempre en conciencia, con amor y verdad; la francmasonería es una sociedad iniciática, una familia, cuyos ritos e historia conducen a sus miembros, usando uso de medios seculares, al desarrollo

progresivo de sus más altas virtualidades espirituales, para que sirvan luego a la humanidad y a su incesante evolución como guías fraternales hacia el perfeccionamiento, el orden y la armonía.

Cumpliendo con perseverancia el trabajo sobre uno mismo y en sí mismo (para lo cual la Logia le ofrece un cuadro o guión específico a cada etapa), el francmasón se hace digno de tal misión y obtiene como recompensa su propia elevación en amor y en conocimiento.

La Orden a la que pertenece no le pide otra cosa que ser libre y hombre de bien, tolerante y respetuoso de las leyes de su patria y, sobre todo, de las que rigen la admirable arquitectura del universo.

### **Su Esoterismo**

Por tanto, la Gran Logia de Francia, como coheredera de esa Tradición, junto con sus hermanas, las Grandes Logias establecidas en los otros países del mundo, postula la existencia de un principio creador, dinámico por excelencia y organizador de los mundos, que, como ellas, denomina Gran Arquitecto del Universo, y que simboliza mediante el ternario, puesto que es triple necesidad de toda existencia que todo concepto requiera un soporte para alcanzar su manifestación en equilibrio y armonía.

Sin embargo, la Gran Logia de Francia no impone dogma alguno, dejando a cada uno de sus adeptos la tarea de interpretar a su arbitrio personal y según sus propias luces la silente enseñanza de los símbolos que se acercan hasta su entendimiento por las vías racional y sensible. Tampoco induce a ir contra ninguna doctrina filosófica o religiosa, ninguna raza ni creencia alguna, mientras éstas no nieguen el orden universal, la Vida o la dignidad de la persona humana.

Se muestra así fiel a su Tradición, que le insta a no interponer ningún límite en la búsqueda de la verdad ni en el ejercicio de la libertad, “ese patrimonio de toda la humanidad”, ese “resplandor de las alturas que ninguna autoridad tiene el derecho de apagar ni el de aminorar”, el bien más precioso que jamás haya sido concedido al hombre para una mayor dignificación de su vida.

El franc-masón consolida esta dignidad con su trabajo y, sobre todo, con el trabajo emprendido sobre sí mismo, que lo conducirá por la vía del buen sentido, con la ayuda también de la cultura intelectual y racional, hacia un crecimiento interior y espiritual capaz por sí sólo de situarlo en armonía con el Universo viviente.

### **La ley del Silencio**

Toda Logia masónica, en tanto que templo de la Luz, se denomina tradicionalmente Logia de San Juan – el Juan del solsticio de invierno y el del solsticio de verano, cuyo nombre resplandece con la luminosidad emana de la fuente misma de donde procede toda forma de vida aquí abajo.

Pero no hay que llamarse a confusión. Por grande que sea la antigua gloria de nuestra Orden, nosotros no somos unos fatuos y todos nuestros esfuerzos se revisten de modestia.

La primacía que damos al espíritu y que nos invade de esperanza y de optimismo, lejos de separarnos, nos mantiene en él en todo momento.

Nosotros reconocemos con total sinceridad que no poseemos esta imperceptible verdad que tantos hombres se imaginan detentar en su totalidad.

No nos cabe la menor duda respecto a la humildad de nuestro actual estado. Pero puede que esta humildad guarde en su seno algo de auténtico valor por cuanto sólo los mediocres llegan a convencerse de la definitiva perfección de sus opciones.